

UNA NOCHE

CARLOS SÁEZ PLA, 'FRODO'

"Confía en mí."

Una voz joven me despierta. Es un susurro tentador, casi sensual, que me arranca con suavidad de mi sueño. La noche es clara. Una sensación extraña me hace temblar. Dulce es la luz que rasga la dulce oscuridad de la noche en Lothlórien.

"Salta. Yo te cogeré."

Siento su roce, levemente frío.

"No te preocupes. Confía en mí."

Se trata de una sola voz, pero posee mil diferentes matices, todos luchando por adueñarse de cada una de las sílabas. Me hace temblar de nuevo.

"Yo te cogeré. Confía en mí."

Finalmente me abandono a su demanda. Y salto...

...Me atrapa el aire. Deja que me deslice entre sus largos dedos invisibles, balanceándome en una interminable caricia. El aire... El aire ha cambiado. Es un cambio sutil, pero puedo sentirlo mientras me mece en mi caída. Es ligeramente menos denso. Más frío. Menos antiguo.

El suelo me acoge. Un suelo dorado y brillante por el tímido rocío de la noche temprana. La luna ilumina el manto de oro y plata de las hojas sobre el esquivo camino. La grave voz de los árboles se pierde en una antigua letanía sobre la luna.

"Mirad. La luna ilumina los caminos de Lórien", dicen las ramas, repitiendo el mensaje que trae el viento. "Esta noche, cientos de sorprendidos ojos otean el cielo."

"Isil la Refulgente", cantan los árboles, "Fruto de Telperion. La primera luz que iluminó Arda tras la caída de los Dos Árboles. Lejos de ti han estado los caminos de Lothlórien la Bella. Vuelve el Bosque de Oro a recibir el dulce beso de Rána la Errante, quien mucho tiempo atrás alejó del mundo a los servidores de Morgoth".

Bienvenido al Bosque de Oro, Tilion, el del arco de plata. Deja que la luz del fruto del Árbol Blanco de Valinor dé la bienvenida a nuestros sueños, tal y como lo hacían contigo, junto a los estanques de Estë, en el Reino Bendecido. Es una noche de alegría".

¿Por qué entonces su canto parece tan triste?

Un alegre rumor rompe el sombrío canto de los viejos árboles. Es un arroyo que corre incansable en algún lugar hacia el sur. Me dejo llevar hasta su orilla bordada de flores amarillas y blanca espuma. El frío manto cristalino me cubre por completo, convirtiendo el cielo estrellado en una mancha. La alegría intemporal de sus saltos me transporta a tiempos lejanos; tiempos cubiertos de polvo, prisioneros de libros olvidados. Hay un profundo lamento enterrado en las aguas. La corriente encierra, como un tesoro, la pasión desbordada de dos amantes, las voces de dos almas que claman por encontrarse... en algún sitio, por lejano que parezca.

Es algo mágico sentir que todavía hay un lugar como este bosque. Un rincón en el que sabes que todo el esplendor del mundo es apreciado, un rincón en el que cada gota de espuma de un arroyo como este es un homenaje a la Belleza. A la Belleza que se ha perdido, a la Belleza que todavía permanece. En Lothlórien, la alegría encierra un profundo lamento por las cosas que se han perdido; y en la más profunda de las tristezas hay siempre escondida una imparable alegría al saber que su recuerdo las mantendrá eternamente tal y como fueron.

Repentinamente, una presencia abrumadora ahoga con un grito salvaje la voz del arroyo. Puedo notar claramente que me acompaña en mi viaje. ¿Cómo definirla? No puedo. Parece un depredador, avanzando tras su presa, acechándola, sabedora de la cercanía de su victoria final. Corre por la orilla, marcando cada árbol, cada piedra, cada flor en su avance. El Bosque se estremece a su paso. "Es el Tiempo", murmuran las rocas. "Durante muchas eras ha permanecido en los lindes de Lothlórien, esperando su momento, pacientemente. Ahora que la Dama ha partido puede por fin reinar en el Bosque al igual que lo hace en el resto del mundo. Es una noche triste."

La Dama. Ha partido.

— ¡Mira! —Los delicados dedos de un elfo me sacan del agua—. Las hojas empiezan a caer. El otoño llega temprano.

—Todavía está fresco en mi mente el momento de su partida —dice otro elfo, tras él—, y ya hemos vivido dos otoños.

—Cuatro estaciones en un solo día...

—Siempre recordaremos la belleza de Lothlórien —poco a poco se adentra en la corriente, mucho más amistosa en este tramo y el agua se amontona por un instante en torno a sus piernas antes de seguir su camino—. Recordaremos la belleza de lo que fue; pero Lórien ya no nos recordará la belleza de los días antiguos, pues él mismo pasará a ser parte de esos días antiguos.

De nuevo el viento me arrastra, arrancándome de las manos del elfo. Me elevo. Me elevo a gran altura y allá abajo, el Bosque se convierte en un inmenso tapiz.

—Vamos —dice uno de los elfos—. Veamos si Caras Galadon todavía conserva la belleza del pasado.

—Pasado... —murmura el otro, andando hacia la orilla. El agua se apresura en torno a sus tobillos como si fuera una amante rechazada suplicando perdón—. Una palabra que jamás había tenido sentido aquí; una palabra que lo significaba todo. Ahora tan solo es una triste palabra. Simplemente.

El camino surge ante ellos repentinamente, para alejarse un instante después intentando esconderse entre los árboles. La hierba de sus lindes, sorprendida ante la inesperada presencia de la luna, parece haberse olvidado de rendir pleitesía a la brisa. Sobre las cabezas de los elfos, las ramas intentan despojarse de la incómoda escarcha nocturna. El aire está lleno del suave rumor de cientos de amarillas hojas cayendo lentamente hacia el suelo.

Un poco más adelante, la pausada determinación de otro río anuncia su presencia. El Celebrant emerge ante sus ojos como un corte limpio en el bosque. En su superficie, la luna se transforma en miles de destellos que aparecen y desaparecen por todas partes. Imperturbable, el Celebrant sigue el camino hacia su desembocadura en el Anduin. Sólo unas pocas gotas traviesas consiguen mojar las botas de los elfos cuando atraviesan el río.

La ciudad de los elfos los recibe en silencio. Un silencio opresivo, que cae sobre ellos como una roca, impidiéndoles respirar. Aquí el Tiempo demuestra su triunfo con menor entusiasmo; se limita a arañar poco a poco la madera, a tinter de verde la superficie de las piedras, a dejar caer una a una motas de polvo sobre las pertenencias olvidadas. Las luces plateadas que antaño iluminaban los caminos sobre los árboles ahora son únicamente temblorosos parpadeos blancos, que pierden a cada instante su lucha contra las crecientes sombras.

Las flores de invierno sacuden sus coronas al paso de los elfos, como si fueran poderosos reyes que hubieran sido vencidos. La hierba cruje levemente bajo sus pies. Desde lo alto de un mallorn, un vestido olvidado lanza su mudo grito una y otra vez, reclamando un cuerpo que le dé vida. Un cuerpo que, sin embargo, ya ha partido. Una y otra vez, se repite el grito quedo, como una señal de lo que se ha perdido, como el asta emplumada de una flecha que anuncia al herido su pronta muerte. El silencioso aire acoge su demanda como una ofrenda, y la arrincona, una de tantas, en el más oscuro de los rincones.

De repente, una canción se atreve a nadar contra corriente en el océano de silencio. Sólo unos ojos élficos podrían averiguar de dónde provienen las notas; pero ambos prefieren ignorar la fuente de la que manan, como un hilo de agua en medio del desierto, aquellas palabras de tristeza.

—Un precioso vestido para una triste dama — dice uno de ellos. Gruesas lágrimas recorren las caras de los elfos.

Lentamente, mientras la canción llena el espacio vacío dejado por la marcha de los que se han ido, la luz plateada de los árboles vuelve a renacer, alejando a las sombras, dando vida al silencio. Por un momento, Lothlórien vibra de nuevo con la magia. Sin embargo, un instante después la luna consigue sortear el laberinto de ramas de las copas de los árboles, y derrama su luz sobre los elfos apagando con su presencia el encanto de la canción.

—Telperion —dicen, mirando a la luna—. Bienvenido a Caras Galadon, de donde has estado ausente desde hace tanto tiempo. Que tu luz nos recuerde cada noche la luz que hemos perdido.

Muy cerca, una hoja sobrevuela el Bosque.

Desde aquí puedo escuchar cómo el mar golpea la costa. Jamás he conocido el mar. Es el frío viento quien me cuenta historias sobre él. Pero no lo he conocido, jamás lo he escuchado. Se ríe de mi ignorancia. Me balancea de un lado a otro. Traspasa nubes bajas. Pequeñas gotas de agua me mojan, mientras gritan al aire con voceillas pícaras "¡Maréala, maréala! Enséñale cómo es el mar". Me asustan.

Una corriente de aire cálido me atrapa, arrancándome del juego casi cruel en el que había caído. Parece sonreír. ¿Puede sonreír el aire? Podría asegurar que sonrío dulcemente, y que en su imaginaria cara, las arrugas corren a agolparse en los ojos. Unos ojos oscuros, como el cielo de la noche. Unos ojos, sin embargo, con un profundo brillo en su interior, como si miles de estrellas ardieran en ellos. Sonríe y promete enseñarme el mar.

Dos círculos de árboles se dibujan sobre una colina. Oro y plata pálidos contra la luz de la luna, protegiendo un árbol si cabe más alto en el centro de ambos círculos. A sus pies, cientos de flores amarillas y blancas parecen querer alcanzar la cima de la colina. Pero no pueden, pues sus raíces se lo impiden. Están atadas a esta tierra.

Me alejo en brazos del viento. Bosque de Oro, te abandono por la promesa de ver el mar, dejándote cuando empiezas a ser sólo un recuerdo tras los ojos cerrados de los que se quedan contigo. Te abandono con el viento que dejó atrás la Dama del Bosque, y que corre tras ella, intentando alcanzarla.

Adiós, Lothlórien.

—Nuestro destino es el destino de Arda —dice un elfo, no muy lejos de allí. Está recostado contra el grueso tronco de un árbol. Todavía tiene fresco en sus manos el recuerdo de una pequeña hoja rescatada del cauce del Nimrodel. Escucha una canción que flota en el aire frío de un invierno todavía desconcertado—. Ahora es un destino un poco más triste, pues Lothlórien ha perdido su magia.